

**LIBERADA DE LAS CARCELES
GRIEGAS, LADY FLEMING
NO PUEDE
OLVIDAR LO QUE ALLI VIO**



AL ver avanzar hacia uno a esta dama, envuelta en seda, con noble porte, como corresponde a una lady inglesa, surge, inevitable, la pregunta teñida de sorpresa: pero, ¿qué es lo que hace agitarse a Amalia? Pues tal es su nombre de pila, Amalia, nombre deliciosamente pasado de moda y distinguido como ella misma, que lo lleva con igual autoridad con que lleva su título de viuda de sir Alexander Fleming, el célebre bacteriólogo, descubridor de la penicilina. No hay razón alguna para imaginarse a esta dama respetable pudiéndose en la cárcel. Y, sin embargo, de la cárcel acaba de salir. Y a ella desearía volver otra vez: la cárcel es para lady Fleming el mejor modo de dar testimonio de la difícil y obstinada lucha que se está librando en su país, Grecia.

Porque Amalia es, naturalmente, griega. Basta un primer gesto, una primera palabra para borrar totalmente los veinte años pasados en Gran Bretaña. El brusco gesto con que se echa el pelo hacia atrás tiene mucho de masculino. Y expone los hechos y cita frases con esa precisión minuciosa y desesperadamente cronológica que caracteriza a los científicos. Pero cuando habla de Grecia, de las calles de Atenas al amanecer, deja inmediatamente de ser lady Fleming biólogo del Saint Mary's Hospital, de Paddington.

Entonces se convierte en la joven griega de apasionado temperamento que, durante la segunda guerra mundial, ocultó a los resistentes, participó en la lucha contra los ocupantes, ayudó a huir a los prisioneros, trajo y distribuyó las octavillas con noticias de la BBC. Un día, su grupo —integrado por cuarenta personas— fue descubierto: torturado por los italianos, una de ellas terminó declarando los nombres. «Nos detuvieron a todos. Sin embargo, cuando, después de la guerra, fue sometido a juicio el que nos había traicionado, yo me presenté como testigo de descargo. Estimo que un hombre no es responsable, bajo tortura, de sus actos. ¡La tortura! Algo vil, horrible. Me decía a mí misma: "¿Qué habría hecho yo en su lugar? ¿Quién puede asegurar que sabrá resistir, que no terminará destrozado?"».

En 1946, Amalia consigue una beca del British Council para estudiar en Gran Bretaña la bacteriología. Allí descubre un nuevo mundo y, al mismo tiempo, a un prestigioso patrono: Alexander Fleming, un hombre mundialmente famoso, veinte años mayor que ella. Fleming es reservado, discreto, gentil, pero más bien frío; su único tema de conversación es el tiempo. Sus temperamentos no podrían ser más dispa-

res. Pero, ¿cómo iba a poder resistir mucho tiempo un británico introvertido a una joven griega enamorada? Alexander contrae matrimonio con Amalia. Entonces se hará habitual la imagen de esa joven esplendorosa, siempre tocada con un pequeño sombrero típico de la preguerra, junto a un viejo «gentleman» inglés muy pálido, muy seco y muy digno.

Cuando muere Fleming, ella vuelve naturalmente a Grecia. Grecia es su país, un país cálido al que ella critica, a la vez que ama con exigente pasión, pero en el que las cosas no van tan mal después de todo. Por lo menos hasta 1967. Entonces estalla el drama: el golpe de Estado, una pesada dictadura.

—Yo comprendí inmediatamente hacia dónde iba el país, aunque la mayoría de los griegos confiaban

todavía en la posibilidad de algún tipo de democracia. Primero reconocí el silencio: aplastante, total, el silencio del miedo. Sistemáticamente, todas las comisarías habían recibido la orden de arrestar a quienquiera que fuera, retenerle unos cuantos días, propinarle una buena paliza, todo ello sin ofrecer ninguna clase de explicaciones y, antes de soltarle otra vez, amenazarle con una nueva detención si es que se le ocurría hablar. Naturalmente, no hablaron.

—Entonces, ¿cómo llegó a enterarse usted?

—Porque soy médico. La primera vez que vi llegar a mi consulta a un hombre silencioso, amoratado por los golpes, totalmente traumatizado, con las costillas hundidas, comprendí todo. Después vi más y más señales de tortura...

LA VIEJA DAMA DIGNA



Lady Amalia Fleming, con Androutsopoulos y Skelten, a la salida del juicio militar que les declaró culpables.

TRATAMIENTO DE V. I. P.

—Entonces, las torturas comenzaron muy pronto.

—Desde el primer momento. Me dije a mí misma: «¡Es como durante la guerra! Pero no puede ser, ¡son griegos y no nazis!». Pues bien, sí. He investigado por mi cuenta, he recogido los testimonios más directos, y puedo afirmar que la tortura constituye una práctica oficial, aplicada, es verdad, por un pequeño número de especialistas. Pero lo más dramático es que éstos corrompan a los jóvenes, que les enseñen a torturar, que les perviertan. Y esto es algo que pude comprobar por mí misma, cuando me detuvieron...

—¿Cuándo y por qué?

—En agosto pasado, aunque debiera haber ocurrido antes. Me enteré, incluso con detalles (por un canal que no puedo revelar), del trato de que era objeto Panagoulis, un griego que lleva en la cárcel desde mil novecientos sesenta y ocho, cuando fue condenado a muerte por intento de asesinato contra el primer ministro. Desde hace cuatro años este hombre es un esclavo, al que se tortura sin cesar y en el que se ensañan como si fuera un animal herido. Imagine usted: ¡cuatro años de calvario! ¡En Grecia: mi país! Era algo que no podía tolerar. Traté de ayudar a escapar a Panagoulis. El proyecto fracasó. Fuimos detenidos. Cuando me llevaron ante el gobernador, éste no cabía en sí de gozo. El gobernador, que se llama Theophylyannakis, llevaba ya tiempo esperándome.

—¿Ha sido usted torturada personalmente?

—No. ¿Sabe usted?, son estúpidos, pero no están locos. No se puede tratar a un personaje conocido como se trata a un oscuro resistente. Yo no fui torturada físicamente; puedo decir incluso que he recibido un trato de V. I. P. (1), es decir, que lo único que hicieron conmigo fue dejarme sin alimentos y veinte horas sin agua (soy diabética y tengo que beber agua cada hora), amenazarme, interrogarme hasta provocar mi total agotamiento, infligirme todo tipo de humillaciones y crueldades, sin llegar, empero, a la «auténtica» tortura, si es que así puede decirse. Pero durante esos días y días que pasé internada en el centro especial para interrogatorios, tuve tiempo para comprender lo que les incita a torturar. Hay los sádicos puros, como Babalis, ayudante de Theophylyannakis. Con sus ojos claros y vacíos, Babalis parece un robot. No un hombre. No hay en él un solo rasgo humano. Están también los que torturan..., ¿cómo diría?, por oficio, profesionalmente,

para «conseguir resultados», como ellos dicen. Theophylyannakis es uno de éstos: a veces muestra su faceta humana. Una vez, por ejemplo, me habló en términos cariñosos de su hija, una niña de dos años y medio. Otras veces, cuando trata de convencer a alguien por la fuerza, antes de torturar necesita excitarse. Pero una vez franqueado cierto umbral, ha de obtener la información, sea como sea. Entonces nada cuenta ya para él, se convierte en una bestia, enloquece igual que un perro que ha olfateado la sangre. Me acuerdo que quería que le diese un nombre. ¡Solamente un nombre! Theophylyannakis vociferaba, temblaba de ira: «¡Le arrancaré los dientes». Si no se hubiese tratado de lady Fleming estoy segura de que habría cumplido su amenaza.

—¿Cómo ve usted el futuro de Grecia?

—Tal vez esto le sorprenda, pero la verdad es que el régimen griego, que, por la fuerza de los acontecimientos, tiene un carácter cada vez más dictatorial, al mismo tiempo se va debilitando día tras día. Sí, el régimen es débil gracias al cada vez mayor aislamiento a que se ve reducido. Por el mismo hecho de extenderse, la represión fomenta la resistencia, y los dictadores se ven así superados incluso de quienes deberían lógicamente brindarles su apoyo: la gran burguesía y, sobre todo, el Ejército.

—Entonces, ¿cómo es que el Ejército no se mueve?

—Porque los oficiales, profundamente anticomunistas (no debe usted olvidar nuestra historia ni nuestra posición geográfica), creen sinceramente que Papadopoulos es el último baluarte del mundo «libre» contra sus vecinos «rojos». Y en este sentido resulta determinante, en mi opinión, la actitud norteamericana. Al apoyar a Papadopoulos, los Estados Unidos echan a perder su propia popularidad (los marinos de la VI Flota circulan ahora de pañano por Atenas, con el fin de evitar posibles incidentes) y, al mismo tiempo, impiden toda evolución hacia un régimen que no sea la dictadura. Simplemente con mantenerse neutrales o suspendiendo toda su ayuda, los norteamericanos conseguirían el comienzo del fin del régimen.

—Así es que usted confía mucho en la ayuda exterior.

—Las reacciones en el exterior son para nosotros en extremo importante. La actitud de Francia, por ejemplo, nos ha decepcionado profundamente... Pero, con ayuda o sin ella, proseguiremos la lucha en pro de la democracia, la libertad de palabra, la dignidad humana, la libertad, en una palabra. ■ **Declaraciones recogidas por JOSETTE ALIA.**

OTRO CORONEL AFRICANO TOMA EL PODER

El coronel I. K. Acheampong, protagonista del rápido golpe de Estado que, al colocarlo en el poder, le enfrenta con una economía destruida y un contexto social desfavorable.

GHANA: SEGUNDO GOLPE DE ESTADO



Ghana ha sufrido su segundo golpe de Estado militar desde la independencia de 1957 (uno de los primeros países africanos que la proclamó): hay catorce países africanos ya con dictaduras militares, que dirigen aproximadamente cien millones de habitantes de los trescientos que tiene el continente. Ghana tuvo, durante diez años, el dirigente más activo y más pintoresco de toda Africa, Nkwame N'Krumah, cuyo énfasis en el culto a la personalidad era delirante, mesiánico. Fue, sin embargo, un gran pan-africanista, con ideales mucho más amplios que las posibilidades del pueblo que dirigía —nueve millones de habitantes— y con la idea de instaurar el socialismo en su país, con la ayuda de la URSS. Todo esto le fue fatal: un golpe militar derribó su poder en febrero de 1966. Dejó al país endeudado en unos seiscientos millones de dólares. Si Ghana fue una de las primeras naciones independientes, también fue precursora en los golpes militares, que a partir de entonces se produjeron en aquella zona frecuentemente. En cambio, el ejemplo de restauración del poder civil voluntariamente, en agosto de 1969, no ha tenido seguidores. En ese momento, la deuda exterior dejada por Ghana se había duplicado casi: era ya de mil millones de dólares. Hubo elecciones y las ganó el doctor Busia, profesor universitario, con educación en Oxford y suaves modales: su partido obtuvo 105 de los 140 escaños del Parlamento. El poder civil de Busia no debe ser confundido con la democracia. La prensa no fue libre, los partidos tuvieron dificultades, el congreso sindical fue suspendido y hubo una expulsión general de extranjeros —técnicos, industriales, comerciantes, profesores— en aras de la nacionalización. La más reciente medida de Busia ha sido la devaluación de la moneda en un 44 por 100. Su objetivo era fomentar las ventas de cacao en el exterior, principal exportación del país, que se habían reducido casi a la mitad por su elevado precio. Pero la consecuencia fue que en un país donde todo producto industrial ha de ser importado, los precios se elevaron inmediatamente, situación grave dados los bajos salarios y el alto nivel de desempleo. Se le acusaba de mantener excesivos gastos estatales, de realizar una política exterior peligrosa —diálogo con Sudáfrica— e incluso de intentar desvirtuar los valores nacionales: uno de sus planes era la unión económica con Costa de Marfil y quizá con otros países próximos, y la introducción del idioma francés en el país —que ha heredado el idioma inglés de sus colonizadores—.

El golpe de Estado ha sido rápido y fácil. Lo dirige el coronel Acheampong, al frente de un Consejo de Redención Nacional, cuyo primer acto ha sido encarcelar a los políticos civiles y promover el regreso de los extranjeros expulsados. Acheampong, como todos los jefes militares de Ghana, se ha educado en academias militares inglesas y tiene una tradición liberal. Su tarea, ahora, es difícil. La economía del país está destruida, la situación social es muy grave y el contexto africano no es favorable. ■ J. A.

(1) V. I. P.: Very important person (persona muy importante).